

El Catolicismo Integral como Filosofía de la Vida

Discurso del Dr. Rafael Caldera
Rodríguez en el Congreso Maria-
no de Maracaibo.

Pueblo Católico de Venezuela:

Hondamente emotiva, esta grandiosa manifestación de fe conforta el espíritu. Ella prueba el catolicismo que alienta en lo más profundo de la Patria, florecido en una magnífica expresión de unidad nacional en torno de la Virgen gloriosa.

Es la devoción de las almas sencillas que han conservado su fe, un documento como podrán exhibirse muy pocos para estudiar a fondo nuestro ser nacional. Porque no las atrae la novedad de un espectáculo, ya que se ha venido a repetir una verdad que fué proclamada hace veinte siglos; a venerar la imagen milagrosa de una pura doncella cuya Inmaculada Concepción fué oficialmente proclamada en nuestra Patria —según recordó alguien desde este mismo sitio— cuarenta y tres años antes de consagrarse como dogma por un Concilio de la Iglesia.

Lenguaje insuperable éste del sentimiento, va hablando al corazón de Maracaibo, de todo el Zulia, de toda Venezuela aquí representada, la verdad olvidada. Misteriosa corriente, onda sutil que no podemos menos de captar, va repitiendo la verdad de que nuestra Patria lleva en sus venas sangre del Catolicismo: y ese es el impulso soberbio que empuja a las masas a la calle y nos arrastra a todos sin excusa, a rendir nuestro homenaje de cariño a la Madre de Dios.

La imagen milagrosa de Nuestra Señora de Chiquinquirá, efigie venerable de una sola y misma mujer a quien cupo la plenitud de serlo, ha venido a operarnos el prodigio cuando todos parecíamos olvidar que es de la esencia de

la Nación Venezolana la tradición católica. Refugio de infinita bondad para los descreídos que en la noche de su escepticismo vislumbran todavía un rayo de esperanza; estímulo poderoso para los traidores que por un mendrugo miserable, o por necios temores, o por dolorosa complacencia, han llegado muchas veces a olvidar el tributo debido a su fe; consuelo para los afligidos a quienes no ha llegado otro, la figura inmensamente humana de María constituye fuerza misteriosa elevadora de las escorias de nuestra pobreza a la infinita pureza del Señor.

Aquí está, Virgen santa, la devoción sencilla de las masas humildes, a la vanguardia de tu coronación. Aquí tenéis el efecto de esas masas que tienen hambre de verdad. Sus corazones vibran en la oración sencilla y elevan hasta ti, su milagrosa "chinita", el vacío quejumbroso y el anhelo infinito que piden pan para el espíritu.

Cerrando filas en grandioso homenaje está realmente, — damas y señoras que me oís — esa muchedumbre esperanzada. Olvido y engaño han ido borrando sus caminos. Mil veces trajinados, esos caminos querían ir detrás de un ideal que ellos saben sentir, pero que no saben expresar y lograr. Llenos de ilusión han corrido detrás de los que prometían una vida mejor y con honda decepción han regresado, a restañar en sus campos desérticos los pies hechos jirones por entre los riscos de la senda. Simples, que no torpes palabras se elevan de esos labios: son oraciones para ti, señora; son también un llamado para aquellos que sepan oír y que tengan corazón en el pecho.

Es necesario convencernos de una inmensa verdad: esto no va a seguir así. No va a durar mucho tiempo la situación quietista que permite a la inmensa mayoría de los venezolanos, permanecer hundidos en tugurios paupérrimos. No puede seguir mucho tiempo la carne viva de nuestra Nación, viviendo de precarios alimentos que lo abonan para ser víctima del paludismo y la tuberculosis. No puede continuar la ignorancia cegando sus sentidos y exponiéndolo a ser pasto voraz para la palabra maligna de cualquier liderzuelo que se acerque a predicarle el escándalo. No es posible que se le mantenga en el estado de pobreza moral que lo entrega indefenso en las garras del alcohol y la sífilis, y le priva de formar una legítima familia, célula insustituible de todo organismo nacional.

Sí, señoras y señores, escuchadme. No estoy inventando nada nuevo. Estoy diciendo lo que en el fondo de nuestros corazones pugna por reventar sobre la maleza del egoísmo. Las campanas de todos los templos del mundo tocan alerta, pues se está consumiendo por las llamas el edificio de la sociedad burguesa. Estamos en la antesala de una revolución. Queramos o no, su realización es un hecho fatal, y es preferible que nos anticipemos.

¿Y dónde está, señoras y señores, la base incommovible que puede presidir y orientar esa revolución? La revolución materialista, ha fracasado. Veinticinco años predicando el odio a un pueblo mártir, recogen hoy su fruto catastrófico. Los mismos capitanes de la torpe guerra contra Dios y contra todas las cosas del espíritu, hoy se ven obligados a exaltar el fervor nacional de los pueblos para salvar de la hecatombe sus cenizas. ¿Dónde está, pues, el signo de esperanza para las naciones futuras? El paganismo del Estado ha fracasado. La concepción totalitaria que hunde al ciudadano en la omnipotencia del Estado, marcha a su destrucción en el torbellino incontrolable que ensancha cada vez el radio de su imperio y la conduce a la impotencia. ¿Dónde está, pues, el evangelio de la nueva época, si el tiempo ha quitado la razón al evangelio del materialismo totalitario, y la guerra ha consumido en su propia hoguera el evangelio del totalitarismo estatista?

Ese evangelio, cristianos, está en Cristo. Cristo es el único que puede guiar

nuevamente a los hombres para cimentar una paz justa. Ni Berlín ni Moscú pueden ofrecer la doctrina que llene el corazón de los pueblos. Volved los ojos hacia el Vaticano. La Cátedra de Pedro que hace ya cincuenta años promulgó la redención de los Obreros y que hoy predica la Justicia como único fundamento de la Paz. Preparémonos, católicos a poner en manos de la Iglesia la dirección espiritual de la nueva revolución que habrá de redimir a nuestro pueblo.

Pero para ello es necesario algo más que manifestaciones ocasionales e incompletas del sentimiento religioso. Gloriosa y entusiasta es esta formidable expresión del catolicismo nacional; floración primaveral del viejo tronco cuya raíz caló tan hondo en Venezuela que no ha podido ahogarla la cizaña, ni ha podido matarla la sequía, ni ha podido arrancarla el vendabal. Pero por eso mismo, no podría existir ocasión más propicia para recordar la necesidad de un catolicismo actuante e integral.

Ser católico supone aceptar una filosofía; adoptar una actitud ante la vida. No caben medias tintas. El catolicismo es una fe y una moral: ni profesa la fe quien no acepta la totalidad de sus dogmas, ni cumple su moral quien no reconoce el imperio de la totalidad de sus leyes. No es que no sea católico el que peque; pues quien más o quien menos, todos hemos pecado. Ni es que no sea católico quien no haya sentido en su conciencia el fantasma horrible de la duda. Sino que no puede llamarse católico quien niega de una manera sistemática algunas de las verdades de la fe, y se engaña a sí mismo quien sostiene, diciéndose católico, que se puede sistemáticamente negar la vigencia de la moral católica sobre algún aspecto de la conducta de los hombres.

Este ha sido, señores, el gran mal del catolicismo entre nosotros. Pretendemos fragmentar el más brillante ejemplo de unidad que conocen los siglos. Se pretende dividir lo que es indivisible. Se quiere tener una conciencia para usarla en el templo, o en el recinto del hogar, y se quiere forjar otra especial para usarla en las actividades económicas, o en la vida social, o en el desempeño de un cargo. Se quiere adoptar una actitud de indecisión ante la integridad de la doctrina, y se olvida la palabra del Maestro; quien no está conmigo, está contra

mí; quien no siembra conmigo, desparrrama.

Es de todos la culpa. Es tiempo de enmendarla. La humanidad urge definición. Se plantean angustiosos problemas que sólo podrán resolverse a fuerza de espiritualidad. Se sumerge el mundo en duro trance. Viven casi todos los pueblos una amarga contienda de la cual habrá de salir muerta la concepción burguesa de la vida.

Después de la guerra no podrán enerrarse los hombres en la mezquina aspiración de vivir bien y no arriesgar por nada su tranquilidad comodona. Es necesario, es inevitable, es fatal, que vuelva a imperar la concepción heroica de que la vida es para servir un ideal. Esto sucederá, oído bien, sea cual fuere el resultado final de la contienda. Su dilucidación sólo decidirá el sentido y expresión de ese ideal ante el cual habrán de ofrendarse los bienes materiales; y a nosotros, pueblo católico, fruto de esa gran empresa del ideal católico que fué la cristianización de América, nos toca cooperar para que el ideal cristiano, mil veces amenazado de muerte y otras tantas victorioso, resurja de nuevo con más fuerza para imperar sobre la Humanidad. Así hemos de esperarlo. El ideal cristiano se impondrá a la concepción pagana de la vida. Ni el materialismo, ni la estatolatría, podrán vencer jamás a la Iglesia de Cristo.

Más hay que ver, señores, cómo debe entenderse estar del lado del Maestro. Estar con Cristo no se determina por llevar prendidas en la ropa medallas de sus santos, mientras se olvidan sus mandatos. Ser integralmente católico no es ir hablando de religión a toda hora, ni llevar un rosario sobre el cuello, ni hablar con beatucona unción, ni cerra los ojos ante el espectáculo doloroso de la vida, ni dar por única solución a los problemas echar a cada instante sobre sí la señal de la Cruz. Lo que Cristo exige no es eso.

No está en Cristo, es necesario recordarlo, católicos de Venezuela—, el comerciante sin escrúpulos que prevalido por las circunstancias especula exorbitantemente sobre las necesidades del prójimo. No está con Cristo el trabajador que defraudada al patrono los servicios que está obligado a darle. No está con Cristo el creyente que ofrece su ciencia y posibilidades al servicio de

aquello que va contra la fe, ni el padre que no da buen ejemplo a su hijo, ni el legislador o congresante que por debilidad o malicia aprueba leyes condenadas por la Iglesia, ni el maestro que inconsciente de su delicada tarea siembra en el corazón de su discípulo la semilla de la duda o de la perversión.

Suele decir que es necesario distinguir la religión del fanatismo. Y es verdad. Pero es necesario distinguir también entre lo que fanatismo significa y el sentido en que muchos lo quieren entender. Sería fanatismo censurable en un médico, limitarse a dirigir sus oraciones al Señor para que a sus enfermos les devolviera la salud. Fanática sería la posición de un estudiante que en lugar de aplicarse a los libros dedicara a oraciones las horas que debería a su deber; o la de una señora que por rezar muchas novenas no atendiera a sus deberes de hogar. Pero católica, simplemente católica sería, la actitud de la madre para quien no fuera indiferente la enseñanza que dieran a su hijo, y la del médico que respetara la moral en su relación con los enfermos, y la del estudiante que además de estudiar sus materias considerara una obligación de su conciencia analizarlas a la luz de la conciencia cristiana.

Definida una posición clara, abracemos la causa del catolicismo que nos supieron dar nuestros mayores. Pueblo pequeño y débil, nuestra fuerza incontestable se halla en buscar valores del espíritu. Estudiemos a fondo nuestra Historia, para que destruyamos las mentiras que nos han venido como buenas los corifeos del liberalismo filosófico. Afianzándonos en la tradición, valientes en la proclamación de que una gran revolución está por operarse, podemos asentar la grandeza auténtica de nuestra Patria fortaleciendo aquello que nos dió una fisonomía ante la faz del mundo. Busquemos la verdad de nuestros antecedentes nacionales; tracemos nuevamente la línea que troncharon las sucesivas imitaciones serviles de lo exótico. Recordemos que somos los hijos de una educación católica cuyas realizaciones culturales cosecharon los primeros Parlamentos de la República; que somos fruto de una cultura católica cuyo exponente máximo, Andrés Bello, es gloria legítima de América; que nuestra historia fué producto de un ideal cató-

lico, cuya característica abnegación y sentido ecuménico alcanzaron el cumplimiento más cabal en la epopeya in creíble de Bolívar.

No nos empeñemos en seguir vistiendo el disfraz circunstancial que ha venido ocultando de una manera u otra la faz de nuestra Patria. Ya que somos tan dados a escuchar lo que viene de fuera, aprendemos siquiera la lección que en este angustioso momento se está dando desde el Norte al Continente: la de que América sólo podrá ser grande en la afirmación y defensa de la Civilización Cristiana.

No nos arrepentiremos nunca de fijar una posición idealista. Nunca nos pesará favorecer decididamente lo que fortalezca la conciencia cristiana de nuestro pueblo. Escuchemos estas palabras que el Arzobispo de Chicago, en presencia del Gobernador del Estado de Illinois y del Alcalde de aquella segunda ciudad Americana; en presencia de numerosas personalidades distintivas de todas las ramas sociales, proclamó en su discurso al Seminario Inter-Americano de Estudios Sociales.

"La tragedia del mundo moderno está en que ha tratado de vivir su vida social sin Cristo. O bien con el laicista ha apartado la verdad cristiana de la vida práctica, a lo menos en sus relaciones sociales, relegándola con suave tolerancia a las cámaras de la vida privada, o bien ha buscado de una manera positiva arrancarla, tanto de la vida privada como de la vida social. Ambos experimentos son fatales, y no debemos dejarnos deslumbrar por la fina retórica de los protagonistas del laicismo. Cristo debe tener un sitio en todas las relaciones humanas, políticas, económicas, sociales y domésticas. Hasta que Cristo reine sobre la sociedad humana, es necio hablar de derechos humanos y justicia".

Escuchemos aún mejor esta frase que sigue, de aquel mismo Prelado, y que encierra una magnífica enseñanza: "Cristo debe estar en el mercado, en la banca, en la fábrica, en la hacienda; en las escuelas, en los campos de deporte; en las asambleas legislativas, en los tribunales, en los despachos ejecutivos donde quiera que los hombres se agrupan, allí debe reinar".

SEÑORES: Reunidos estamos para cumplir una jornada de afirmación ca-

tólica. Momento es éste para formular el propósito de enmendar una conducta a medias por la cual todos hemos olvidado muchas veces las enseñanzas del Maestro.

Momento es también para forjar la convicción de que esta patria doliente, más que ninguna, exige consagración al ideal: al ideal cristiano que nos haga trabajar más por ella, que nos haga dar más al desheredado de la suerte, hambriento de pan, de vida moral y de justicia.

Integrarnos para cumplir ese deber, lograr fuerzas para seguir ese camino, es la más hermosa petición que podemos hacer a la Madre Divina. Pero debemos pedirle también Paz para que el mundo pueda restañar sus heridas; la Paz de Cristo para que desvanezca sus yerros y se coloque de nuevo en el camino de La Ciudad de Dios.

Hace muy poco tiempo Lisboa, la católica capital portuguesa, rindió magnífico homenaje nacional a la Virgen María. Por la maravillosa analogía del nuestro con aquel tributo rendidos en los reductos todavía pacíficos de Europa, permitidme concluir estas palabras con las autorizadas y elocuentes de su Eminencia el Cardenal Patriarca:

"Y todos los cristianos creen piámente que es por su maternal protección, por lo que Portugal (podríamos decir: Venezuela) ha sido eximido y creemos firmemente continuará siéndolo hasta el fin, de esta dolorosa y sangrienta penitencia que la Providencia de Dios ha impuesto al mundo, que no quiso hacerla voluntariamente.

"Como los hombres soberbios de la bíblica torre de Babel que locamente se atrevieron a igualarse a Dios —y fueron confundidos— así el mundo moderno ha pensado que podría prescindir de El y hasta destruirlo, despreciando su santa Ley, y llora de dolor y de angustia, humillado en la confusión de la guerra y del hambre que sus obras produjeron".

"Nosotros queremos, y humildemente lo imploramos, que la Virgen Santísima deje caer sobre todas las almas, hasta sobre las que no la invocan, —las más desgraciadas porque no saben que lo son,— de sus manos maternas la plenitud de sus gracias, y en especial: el ramo de oliva de la paz".

Paz, —Señora,— y Justicia, eso también pedimos para nuestro desdichado He dicho. pueblo!